

## “LA PALABRA, VIDA Y COMPROMISO” Parábola del sembrador

Muy queridos hermanos:

Acabamos de escuchar esta Palabra de Vida Eterna, y le pido a Santa María que nos enseñe a acogerla con su misma fe, y a traducirla en nuestro compromiso de vida, con su misma generosidad.

Me gustaría que nos aproximásemos a esta parábola desde un prisma un tanto especial: desde los sentimientos que pudo tener aquel sembrador que esparcía la semilla aventándola por los campos... No sé si nos hemos percatado, pero este relato del Evangelio de San Lucas tiene como trasfondo un marco festivo y trágico al mismo tiempo. En efecto, la siembra de la semilla es una acción movida por las expectativas de futuro, en la confianza de una cosecha abundante; pero, paralelamente, esconde también un drama doloroso, por la certeza de que una parte importante de la semilla morirá sin llegar a germinar... En el corazón del sembrador conviven la ilusión y el dolor, mezclados y fundidos en la esperanza.

Así es también la experiencia de Dios con nosotros: Él derrama abundantemente sus Palabras de Vida, con la alegría propia de quien sabe que serán acogidas por muchos corazones, al modo de la Virgen María. Pero, al mismo tiempo, con el sufrimiento inevitable de quien también conoce que se verán malogradas en otros muchos...

En efecto, una parte de la Palabra cae al borde del camino, donde de forma inexorable se termina por “perder”, porque no tiene tierra que la acoja... Queridos hermanos, la primera dificultad para que la Palabra de Dios germine en nosotros es la **indiferencia**. De ella decía la Madre Teresa de Calcuta que es el mayor de los males... La indiferencia: ¡¡el desinterés ante un Dios que nos habla sin que, tan siquiera, le escuchemos ni le prestemos atención a lo que nos quiera decir...!! Pero el amor no le permite a este Dios enamorado de nosotros, permanecer en silencio: “*Mira que estoy a la puerta llamando, si escuchas y me abres, entraré y cenaremos juntos...*” (cfr Ap 3, 20). Os invito a que acojamos de forma entusiasta la semilla de su Palabra. ¡Que renovemos nuestra gratitud cada vez que respondamos a la proclamación de la Palabra, diciendo “*Te alabamos, Señor*”, o “*Gloria a ti, Señor Jesús*”.

Pero el relato evangélico nos cuenta que otra parte de la semilla cayó en terreno pedregoso, y que aunque al principio germinó con rapidez, pronto se secó por la poca profundidad de las raíces... Ciertamente, tenemos todos la experiencia de una segunda dificultad para la acogida de la Palabra de Dios: la **inconstancia**. ¡Cuántas veces hemos hecho propósitos que luego hemos abandonado a medio camino! ¡Cuántas veces nos hemos entusiasmado, para desanimarnos en cuanto aparece la cruz en el horizonte! Sin embargo, Jesús no nos ocultó las exigencias del Evangelio: “*El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*” (cfr. Lc 8, 34). Acoger la Palabra de Dios, supone hacerlo “a las duras y a las maduras”, en tiempos de consolación y de desolación, a contracorriente y a favor de la corriente... Jesús es muy sincero: El abrazo a la cruz es el precio de la perseverancia, del encuentro definitivo con Él.

Todavía más... Otra parte de la semilla cayó entre zarzas. Trigo y zarzas crecían al mismo tiempo (¡en un primer momento no se observan incompatibilidades entre ambos!), pero finalmente, las zarzas terminaron por ahogar el trigo y la cosecha... Y he aquí reflejada una tercera dificultad para que la Palabra de Dios germine en nosotros: la “**doble vida**”. En efecto, se trata de la tentación de compaginar nuestra vida cristiana con una vida mundana. Frente a ello, Jesucristo nos advierte contra toda incongruencia: “*No podemos servir a dos señores*”... (Mt 6, 24). La auténtica recepción de la Palabra de Dios requiere de nosotros una plena disposición para cortar con tantas incoherencias, presupuesto indispensable para acoger la llamada a la conversión.

Pero, es importante destacar que la siembra no sólo es un “drama” sino que también –y sobre todo- es una fiesta; una gran fiesta... Dios “está de enhorabuena” cuando siembra -es decir, cuando nos habla-, porque conoce que son muchísimos quienes, superando las tentación de la indiferencia, de la inconstancia y de la doble vida; tienen hambre y sed de su Palabra, la acogen con perseverancia, y procuran vivir coherentemente en unidad de vida.

En la Carta Pastoral de Cuaresma/Pascua del año pasado, nuestros obispos de Pamplona, Bilbao, Vitoria y San Sebastián, nos recordaban que la Revelación tiene una estructura dialogal; es decir, es una carta que Dios envía a los hombres en espera de una respuesta personal. Cuando entendemos esto, cuando nos percatamos de que la Biblia no es un libro que habla sobre Dios, sino la Palabra de Dios dirigida a cada uno de nosotros... entonces, y sólo entonces, llegamos a ser plenamente “cristianos”. ¡Que la Virgen María nos enseñe a acoger la Sagrada Escritura y a darle una respuesta fiel con nuestras palabras y obras, haciendo de la Palabra de Dios una “Palabra de Vida y Compromiso”!